

ORSON SCOTT CARD

Pathfinder

minotauro

Salvar a la raza humana puede ser un trabajo frenético. O tedioso. Todo depende de la fase del proceso en la que participes.

Rigg y Padre solían poner las trampas juntos, porque era Rigg el que poseía el don para ver los rastros que dejaban los animales que buscaban.

Padre no podía ver las estelas, delicadas y brillantes, que marcaban el paso de los seres vivos por el mundo. Era como si fuese ciego para esos rastros. Pero para Rigg era, y siempre había sido, una parte más de lo que podían ver sus ojos, sin que tuviera que hacer ningún esfuerzo. Cuanto más reciente fuese el rastro, más azulado era su brillo. Los más antiguos eran verdes o amarillos. Los realmente viejos tendían al rojo.

Ya de niño, Rigg había aprendido lo que significaba el resplandor, porque veía que todo el mundo dejaba aquellos rastros al caminar. Además del color, cada uno de los rastros poseía una especie de firma, y con el paso de los años Rigg aprendió a reconocerlas. De un vistazo podía identificar las diferencias entre un humano y un animal, o entre dos especies distintas, y si miraba con mucha atención, era capaz de distinguir tan claramente los rastros que habría podido seguir la senda de una persona o un animal concreto.

Una vez, cuando Padre comenzó a salir con él a poner las trampas, Rigg cometió el error de seguir un rastro de color verde. Al llegar a su final, no había más que unos cuantos huesos esparcidos.

Padre no se había enfadado. De hecho, parecía divertido.

–Tenemos que encontrar animales con las pieles aún frescas –le dijo–. Y a los que todavía les quede un poco de carne, para que podamos comer. Pero si coleccionara huesos, éstos me vendrían de perlas. No te preocupes, Rigg.

Padre nunca criticaba a Rigg en nada que tuviera que ver con su don para encontrar los rastros. Se limitaba a aceptar su habilidad y a alentarle a perfeccionarla. Pero siempre que Rigg comenzaba a contarle a alguien lo que sabía hacer, Padre lo hacía callar al instante.

–Es tu vida –decía–. Hay gente que te mataría por eso. Y otros que te arrebatarían de mi lado y te obligarían a vivir en un sitio horrible y a seguir los rastros para ellos, para poder asesinar a los que encontraras. –Y para asegurarse de que Rigg entendía lo serio que era aquello, añadía–: Y no serían animales, Rigg. Tendrías que ayudarlos a matar gente.

Es posible que Padre no hubiera debido decirle aquello, porque la idea le rondó por la cabeza durante los meses siguientes en forma de pesadillas, pero no sólo por eso. La idea de que su habilidad podía ayudar a otros hombres a encontrar criminales y forajidos le había hecho a Rigg sentirse muy poderoso.

Pero todo esto sucedió cuando Rigg era aún muy pequeño, a los siete u ocho años. Ahora tenía trece y por fin le estaba cambiando la voz, y Padre se pasaba todo el día dándole consejos sobre cómo tratar a las mujeres. Que les gustaba esto, que detestaban aquello, que nunca se casarían con un chico que hiciera esto o no hiciera lo otro...

–Lo más importante es lavarse –le decía con frecuencia–. Porque no puedes oler mal. A las chicas no les gustan los chicos que huelen mal.

–Pero hace frío –contestaba Rigg–. Ya me lavaré luego, cuando volvamos a casa.

–Te lavarás a diario –decía entonces Padre–. A mí tampoco me gusta que huelas mal.

Pero Rigg no le creía. Las pieles de los animales que caían en sus trampas apestaban mucho más que Rigg. De hecho, la peste de esas pieles era el olor principal de Rigg. Se adhería a su pelo y a su cabello como los cadillos. Pero Rigg no discutía con Padre. No servía de nada.

Por ejemplo, aquella mañana, antes de separarse, estaban char-

lando mientras caminaban por los bosques. A Padre le gustaba hablar.

–No somos cazadores, somos tramperos –dijo–. No importa que los animales huyan de nosotros ahora, porque los cogeremos luego, cuando no puedan vernos, oírnos y ni siquiera olernos.

Padre utilizaba sus interminables caminatas para enseñarle cosas.

–Padeces un grave caso de ignorancia, chico –decía a menudo–. Dedico todos mis esfuerzos a combatir ese mal, pero parece que cuanto más te enseño, más cosas ignoras.

–Ya sé todo lo que necesito saber –contestaba siempre Rigg–. Tú te empeñas en enseñarme un montón de cosas que no tienen nada que ver con nuestro modo de vivir. ¿Para qué necesito aprender astronomía o finanzas, o todos esos idiomas que me obligas a hablar? Yo encuentro los rastros de los animales, luego colocamos nuestras trampas y vendemos las pieles. Y sé todo lo que hay que saber sobre eso.

A lo que Padre siempre replicaba:

–¿Ves lo ignorante que eres? Ni siquiera sabes para qué necesitas saber las cosas que aún ignoras.

–Pues explícamelo tú –decía Rigg.

–Lo haría, pero eres demasiado ignorante para entender las razones por las que tu ignorancia es una enfermedad mortal. Tengo que educarte antes de que empieces a entender por qué merece la pena tratar de curtir tu cerebro. –Así es como llamaba él sus lecciones: curtir el cerebro de Rigg.

Aquel día estaban siguiendo el rastro de un pencho especialmente esquivo, un animal cuya piel valía diez veces más que la de una nutria debido a su grosor y a la intensidad de sus colores. Durante una breve interrupción en las interminables clases de Padre, que presumiblemente emplearía para inventar un nuevo problema para Rigg («Si una cerca de tablones tiene nueve manos de altura y ciento veinte metros de longitud, ¿cuántas tablas de diez centímetros debes comprar en el aserradero, sabiendo que las hay de veinte y de catorce manos de longitud?») Respuesta: «¿De qué sirve una cerca de nueve manos de altura? Cualquier animal que merezca la pena guardar en su interior podría saltarla o derribarla.» Y luego un pescozón en la cabeza para que buscara la respuesta correcta), Rigg comenzó una conversación intrascendente.

–Me encanta el otoño –dijo–. Sé que significa que se acerca el invierno, pero el invierno es la razón por la que la gente necesita nuestras pieles, así que no puedo lamentarme por eso. Es por los colores de las hojas antes de caer y el crujido de las que ya han caído bajo nuestros pies. El mundo entero parece distinto.

–¿El mundo entero? –preguntó Padre–. ¿No sabes que en la mitad meridional del mundo ni siquiera es otoño?

–Sí, lo sé –dijo Rigg.

–E incluso en nuestro hemisferio, cerca de los trópicos no hay otoño y las hojas nunca llegan a caer, salvo en lo alto de las montañas, como aquí. Y en el lejano norte no hay árboles, sólo tundra y hielo, así que las hojas no se caen. ¡El mundo entero! Querrás decir el pequeño trocito de mundo que has visto con tus propios e ignorantes ojos.

–Es el único mundo que he visto –dijo Rigg–. Si no sé nada sobre el resto, la culpa es tuya.

–No es que no sepas nada sobre el resto, es que no lo has visto. Pero yo, desde luego, te he hablado de él.

–Oh, sí, Padre, he memorizado y almacenado toda clase de cosas en mi cabeza, pero mi pregunta es: ¿cómo sabes todas esas cosas sobre partes del mundo que están al otro lado del Muro y que por tanto nunca podremos ver?

Padre se encogió de hombros.

–Yo lo sé todo.

–Cierta profesor me dijo una vez que el único hombre realmente estúpido es el que no sabe que es un ignorante. –A Rigg le encantaba ese juego, en parte porque, más tarde o más temprano, Padre acabaría por perder la paciencia y le diría que cerrara la boca. Lo que significaba que Rigg habría ganado.

–Sé que lo sé todo, porque no hay ninguna pregunta de la que no conozca la respuesta.

–Excelente –dijo Rigg–. Pues respóndeme a esto: ¿sabes las respuestas a preguntas en las que aún no has pensado?

–Ya he pensado todas las preguntas –dijo Padre.

–Eso sólo significa que has dejado de pensar en otras nuevas.

–No hay nuevas preguntas.

–Padre, ¿qué voy a preguntarte a continuación?

Padre resopló.

–Todas las preguntas sobre el futuro son hipotéticas. Y todas las respuestas se pueden conocer.

–Eso es lo que yo pensaba. Pero tú siempre dices que afirmar que uno lo sabe todo es una fanfarronada carente de significado.

–Cuidado con cómo le hablas a tu padre y maestro.

–He elegido mis palabras con la máxima precisión –dijo Rigg, imitando una frase que Padre usaba con frecuencia–. La información sólo es importante si nos permite hacer elucubraciones atinadas sobre el futuro. –Chocó contra una rama baja. No era la primera vez. Tenía que mantener la mirada alta porque su presa se movía de rama en rama–. El pencho ha cruzado el arroyo –dijo. Y luego bajó gateando a la orilla.

El hecho de que hubiera un arroyo que había que vadear no interrumpió la conversación.

–Como no puedes saber qué información necesitarás en el futuro, debes conocerlo todo sobre el pasado. Como yo –dijo Padre.

–Que sepas qué es la lluvia no significa que sepas cuándo va a llover, y mucho menos si va a nevar. Creo que eres casi tan ignorante como yo.

–Cierra el pico –le contestó Padre.

«He ganado», se dijo Rigg en silencio.

Pocos minutos después, el rastro del pencho ascendió de repente en el aire y continuó subiendo hasta perderse de vista.

–Lo ha atrapado un águila –dijo Rigg con pesar–. Sucedió antes de que comenzáramos a seguir el rastro. Ha ocurrido en el pasado, así que supongo que tú ya lo sabías.

Padre no se molestó en contestar y dejó que Rigg regresase por el arroyo y el bosque hasta el lugar donde había visto por primera vez el rastro del pencho.

–Sabes poner las trampas casi tan bien como yo –dijo Padre–. Así que ve a hacerlo y luego vuelve a buscarme.

–A ti no puedo encontrarte –dijo Rigg–. Ya lo sabes.

–No sé tal cosa, porque nadie puede saber una cosa falsa. Sólo podemos creerla hasta que la realidad la contradice.

–No puedo ver tu rastro –dijo Rigg– porque eres mi padre.

–Es cierto que soy tu padre y también lo es que no puedes ver mi rastro, pero ¿por qué das por hecho que existe una conexión causal entre ambas cosas?

–Bueno, no puede ser al revés. No es posible que seas mi padre porque no puedo ver tu rastro.

–¿Tienes algún otro padre?

–No.

–¿Conoces a algún otro que sea capaz de seguir los rastros como tú?

–No.

–Por tanto no puedes comprobar si puedes ver los rastros de tus otros padres, dado que no los tienes. Y no puedes preguntar a otros buscadores de rastros si ven los rastros de sus padres, porque no conoces a ninguno. De modo que no tienes ninguna prueba, en uno u otro sentido, sobre las razones que te impiden ver el mío.

–¿Puedo irme a dormir ya? –preguntó Rigg–. Estoy demasiado cansado para continuar.

–Pobre cabecita cansada... –dijo Padre–. Aunque no sé cómo ha podido cansarse, teniendo en cuenta lo poco que la utilizas. ¿Cómo podrías encontrarme? Buscando mi rastro con los ojos y el cerebro, en lugar de con esa habilidad tan extraordinaria que posees. Podrías ver dónde dejo mis huellas y dónde rompo alguna rama al pasar.

–Pero tú nunca dejas huellas si no quieres y nunca rompes una rama, salvo que desees hacerlo –respondió Rigg.

–Ah –dijo Padre–. Eres más observador de lo que pensaba. Pero, dado que te he dicho que me buscaras después de poner las trampas, ¿no sería lógico pensar que te facilitaría la tarea dejando huellas y rompiendo ramas?

–No te olvides de tirarte pedos de vez en cuando –sugirió Rigg–. Así podré seguirte con el olfato.

–Tráete un buen palo contigo al volver, para que pueda azo-tarte con él –dijo Padre–. Y ahora vete a hacer tu trabajo antes de que haga demasiado calor.

–¿Qué vas a hacer tú?

–Lo que tenga que hacer –dijo Padre–. Cuando tengas que saberlo, te lo contaré.

Y se alejó.

Rigg puso las trampas con cuidado porque sabía que era una prueba. Todo era una prueba. O una lección. O un castigo que le enseñaría una lección, sobre la que Padre le pondría a prueba más tarde, y por la que recibiría un castigo si no la había aprendido.

«Ojalá pudiera tener un día, un solo día, sin pruebas ni lecciones ni castigos. Un día para ser yo mismo y no un proyecto de gran hombre para Padre. No quiero ser grande. Sólo quiero ser Rigg.»

A pesar de que tuvo el máximo cuidado en poner las trampas en todos los caminos habituales de los animales, no tardó demasiado en colocarlas todas. Se detuvo para beber un poco de agua y hacer sus necesidades, y luego se limpió el trasero con unas hojas. Otra razón para estarle agradecido al otoño. Después volvió por donde había llegado hasta el lugar en el que Padre y él se habían separado.

No había nada que indicara adónde se había ido Padre. Rigg sabía en qué dirección había comenzado a caminar, porque lo había visto marcharse. Pero cuando Padre caminaba de aquel modo, no dejaba ramas rotas, ni huellas ni ningún otro indicio de su paso.

«Cómo no –pensó Rigg–. Es una prueba.»

Así que permaneció en el sitio y pensó. «Padre podría querer que continuara en la misma dirección en la que se alejó cuando nos separamos y sólo al cabo de un buen rato me dejaría una señal. Ésa sería una lección de paciencia y confianza.

»Pero también podría ser que cambiara de dirección en el mismo momento en que me perdió de vista, dejando un rastro visible que sólo podré encontrar después de haber caminado un rato a ciegas en cualquier dirección.»

Así que pasó una hora cambiando de dirección una vez tras otra, tratando de cruzarse con cualquier posible señal dejada por su padre. Sin suerte, claro está. De otro modo, habría sido una prueba demasiado sencilla.

Volvió a hacer un alto para pensar. «Padre ha enumerado las señales que podía dejar. Por tanto no dejará ninguna de éstas. Dejará otras y mi cometido es pensar cuáles pueden ser.»

Recordó su comentario pueril sobre los pedos y husmeó el aire, pero su sentido del olfato era meramente humano y no podía captar nada de aquel modo, así que ése no podía ser el juego de Padre.

La vista y el olfato no habían funcionado. El gusto parecía una ridiculez. ¿Podía Padre dejarle pistas usando el sonido?

Decidió intentarlo. Permaneció totalmente inmóvil para oír realmente los sonidos del bosque. No se trataba sólo de no mover el cuerpo. Tenía que calmarse y concentrarse para separar los sonidos en su cabeza. Su propia respiración... tenía que ser consciente de ella y luego ir más allá, para captar los otros sonidos que lo rodeaban. Comenzó a oír cosas: el correteo huidizo de un ratón, el paso precipitado de una ardilla, las discordantes notas del trino de un pájaro, la excavación de un topo...

Y entonces la oyó. Muy lejana. Una voz. Una voz humana. Era imposible saber qué palabras estaba pronunciando, si es que eran palabras. Era imposible saber si se trataba de Padre. Pero al menos podía determinar la dirección aproximada de la que venía, así que se encaminó hacia allí a la carrera, aprovechando una vereda que utilizaban muchos ciervos para llegar cuanto antes. Había una loma a la izquierda que podía bloquear los sonidos. Debía dejarla atrás. Sabía que había un arroyo a la derecha y que si se acercaba demasiado, el rumor del agua podría amortiguar la voz.

Se detuvo y volvió a quedar completamente quieto. Esta vez estaba razonablemente seguro de que aquella voz era la de Padre. Y aún estaba más seguro respecto a la dirección.

Tuvo que detenerse dos veces más antes de oír la voz con la claridad suficiente como para correr directamente hacia su padre. Estaba preparando algunas críticas selectas para el peculiar método de rastreo que había elegido cuando llegó al lugar del que procedía la voz, un claro en el que había caído un árbol descomunal no hacía mucho. De hecho, el rastro dejado en su caída por el árbol seguía siendo de un azul resplandeciente. Había pocas ocasiones para seguir a las plantas, dado que, aparte de sus balanceos en la brisa, se movían poco, pero aquel árbol debía de haberse caído hacía pocas horas y su movimiento había dejado un brillante rastro en el aire.

Rigg no veía a Padre por ninguna parte.

—¿Dónde estás? —preguntó.

Esperaba algún comentario punzante, pero lo que Padre dijo fue:

—Has llegado, Rigg. Me has encontrado.

—No, Padre.

—Has llegado tan lejos como yo quería. Escucha con atención. No te acerques más.

—Como no sé dónde estás...

—Calla —dijo Padre.

Rigg guardó silencio y escuchó.

—Estoy atrapado debajo del árbol —dijo Padre.

Rigg gritó y dio un paso hacia la voz.

—¡Alto! —gritó Padre.

Rigg se detuvo.

—Ya has visto el tamaño del árbol —dijo Padre—. No puedes levantarlo. No puedes moverlo.

–Con una palanca, Padre, podría...

–No puedes moverlo, porque dos de sus ramas me han atravesado de lado a lado a la altura del vientre.

Rigg dejó escapar un grito al imaginar el dolor y al sentir el miedo que le provocaba la herida de Padre. Él nunca se hacía daño. Ni siquiera enfermaba.

–Cualquier nuevo movimiento del árbol me matará, Rigg. He utilizado todas las fuerzas que me quedaban para llamarte. Ahora escucha y no me obligues a malgastar la vida que me queda en una discusión.

–No discutiré –dijo Rigg.

–Primero, debes hacerme la solemne promesa de que no vendrás a verme, ni ahora que estoy vivo ni luego, cuando esté muerto. No quiero que se te grave en el recuerdo esta imagen terrible.

«No podría ser peor que lo que estoy imaginando –se dijo Rigg en silencio. Y luego, también en silencio, se ofreció a sí mismo la respuesta que le habría dado Padre–: No puedes saber si lo que imaginas es peor que la realidad. Yo veo la realidad, tú no, así que... cierra la boca.»

–No puedo creer que no me hayas discutido –dijo Padre.

–Lo he hecho –dijo Rigg–. Sólo que no me has oído.

–Está bien –dijo Padre–. Prométemelo.

–Te lo prometo.

–Dilo. Pronuncia las palabras.

Rigg necesitó toda su concentración para obedecer.

–Prometo solemnemente que no me acercaré para mirarte, ni ahora ni luego, cuando estés muerto.

–¿Y mantendrás tu promesa, aunque el hombre al que se la has hecho sea un muerto? –preguntó Padre.

–Comprendo tu propósito y estoy de acuerdo con él –dijo Rigg–. Cualquier cosa que imagine será horrible, pero no sabré si es verdad. Mientras que, aunque la realidad no sea tan mala como lo que imagino, sabré que es verdadera, es decir, que será mi memoria y no mi imaginación, y eso será mucho peor.

–De modo que, como estás de acuerdo con mi propósito –dijo Padre–, será tu propia voluntad la que te llevará a obedecerme y mantener tu juramento.

–Este tema ya está debidamente discutido –dijo Rigg, que era la forma que tenía Padre de decir: «Estamos de acuerdo, así que pasemos a otro tema.»

–Vuelve al lugar en el que nos separamos –dijo Padre–. Espera allí hasta el amanecer y recoge lo que haya en las trampas. Haz lo que hay que hacer, coge todas las trampas sin perder ninguna y luego lleva las pieles al escondite. Saca todas las pieles que hay allí y llévatelas al pueblo. Pesarán mucho pero, aunque aún no hayas crecido del todo, podrás con la carga si haces descansos frecuentes. No hay prisa.

–Entendido –dijo Rigg.

–¿Te he preguntado si lo habías entendido? Pues claro que lo has entendido. No me hagas perder el tiempo.

En silencio, Rigg dijo: «Mi única palabra no ha consumido tanto tiempo como tus tres frases.»

–Saca lo que puedas por las pieles antes de decirle a nadie que estoy muerto. No te timarán si creen que voy a volver a hacer las cuentas.

Rigg no dijo nada, pero estaba pensando: «Ya sé lo que debo hacer, Padre. Tú me enseñaste a regatear y se me da bien.»

–Luego tendrás que ir a buscar a tu hermana –dijo Padre.

–¡Mi hermana! –respondió Rigg con un balbuceo.

–Vive con tu madre –dijo Padre.

–¿Mi madre está viva? ¿Cómo se llama? ¿Dónde vive?

–Nox te lo dirá.

¿Nox? ¿La mujer que regentaba la pensión en la que a veces se alojaban? Cuando Rigg era pequeño, llegó a creer que Nox podía ser su madre, pero había abandonado la idea hacía mucho. Ahora se daba cuenta de que Nox, al contrario que él, disfrutaba de la confianza de Padre.

–¡Dímelo tú! ¿Por qué me hiciste creer que mi madre estaba muerta? Y una hermana... ¿Por qué lo has mantenido en secreto? ¿Por qué no he visto nunca a mi madre?

No hubo respuesta.

–Lo siento, sé que dije que no discutiría, pero nunca me habías contado. Me ha sorprendido, no he podido contenerme. Lo siento. Dime cualquier otra cosa que creas que debo saber.

No hubo respuesta.

–¡Oh, Padre! –exclamó Rigg–. ¡Háblame una vez más! ¡No me castigues así! ¡Dime algo!

No hubo respuesta.

Rigg pensó como sabía que Padre esperaba que lo hiciera. Al fin, dijo lo que sabía que Padre habría querido que dijera.

–No sé si me estás castigando con tu silencio o si ya estás muerto. He hecho la promesa de no mirar y no miraré. Así que voy a marcharme y obedecer tus instrucciones. Si no estás muerto y tienes algo más que decirme, habla ahora, por favor, habla. –Tuvo que detenerse porque si Padre no estaba muerto, no quería que le oyera llorar.

«Por favor», dijo en silencio mientras sollozaba.

–Te quiero, Padre –dijo–. Siempre te echaré de menos. Eso sí que lo sé.

Si eso no hacía hablar a Padre, nada volvería a hacerlo.

No hubo respuesta.

Rigg se dio la vuelta con determinación y regresó siguiendo sus propios pasos entre los árboles y los matorrales, a lo largo de la senda de los ciervos, hasta el último lugar en que había visto a su padre con vida.

EL ESCARPALTO

A Ram Odín lo educaron para ser piloto de una nave estelar. Fue su padre quien adoptó como apellido el nombre del dios nórdico y fue también su padre quien se aseguró de que Ram estuviera totalmente preparado para convertirse en astronauta dos años antes de lo normal.

La humanidad había utilizado hasta el último ápice de la riqueza de la Tierra para construir las primeras naves-colonia interestelares. Tardó cuarenta años. Bajo la sombra del polvo lunar que aún bloqueaba más de una tercera parte de los rayos del sol, el sentimiento de urgencia apenas había decaído en todo ese tiempo, a pesar de la capacidad de los hombres de acostumbrarse a todo.

Todo el mundo sabía lo cerca que había estado la raza humana de la extinción cuando el cometa pasó junto a la Tierra y fue a estrellarse contra la cara visible de la Luna. Incluso ahora, no había ninguna certeza de que la órbita lunar se estabilizara. Los astrónomos estaban divididos, de manera casi equitativa, entre aquellos que aseguraban que más tarde o más temprano chocaría con la Tierra y los que pensaban que se alcanzaría un nuevo equilibrio.

Así que todos los que habían sobrevivido a los primeros y terribles años de frío y hambre que asolaron el planeta se dedicaron con todas sus fuerzas a la construcción de dos naves idénticas. Una de ellas saldría al espacio a una velocidad del diez por ciento de la de la luz, con un ecosistema cerrado en su interior en el que viviría, envejecería y moriría una generación tras otra de futuros colonos.

La otra nave, la nave de Ram, se alejaría durante siete años del Sistema Solar y luego daría un audaz salto hacia el reino de la física teórica.

O bien era posible plegar el espacio-tiempo, atravesar de un salto noventa años luz y dejar la nave-colonia a siete años de distancia del pla-

neta de tipo terráqueo que era su destino, o bien la nave se desintegraría en el intento... o bien no sucedería nada, y tendría que arrastrarse por el espacio durante novecientos años más antes de llegar a su destino final.

Los colonos de la nave de Ram dormirían durante el viaje hacia el punto elegido para el salto. Si todo iba bien, no despertarían hasta estar cerca de ese punto. Si no sucedía nada, los despertarían para que comenzaran a trabajar en el vasto interior de la nave, en la primera de las treinta y cinco generaciones que debían vivir en la colonia hasta su llegada.

Únicamente Ram permanecería despierto todo el tiempo.

Siete años con los prescindibles como única compañía. Los prescindibles, creados antaño para hacer aquellos trabajos que podían costarle la vida a un irremplazable ser humano, habían experimentado desde entonces tales mejoras que ahora vivían más y trabajaban mejor que cualquier persona. Pero también costaban mucho más de lo que costaba enseñar a un humano a hacer una pequeña parte de su trabajo.

Sin embargo, no eran humanos. No se podía dejar en sus manos la toma de decisiones de importancia vital mientras los humanos estaban dormidos. No obstante, eran una simulación de la vida humana tan excelente que Ram nunca se sentiría solo.

Desde que Rigg tenía memoria, Padre siempre había sido su único hogar. No podía contar la casa de huéspedes de Vado Otoño. La señora de la casa, Nox, ni siquiera tenía una habitación permanente para ellos. Si los viajeros las ocupaban todas, Padre y Rigg tenían que dormir en el establo.

Hubo un tiempo en que Rigg se preguntó si Nox sería su madre y, simplemente, Padre no había querido casarse con ella. A fin de cuentas, Padre y Nox pasaban muchas horas juntos, y en aquellos momentos Padre enviaba a Rigg a hacer recados para que no los interrumpiera. ¿Qué iban a estar haciendo sino la cosa de la que hablaban los niños del pueblo entre cuchicheos, que hacía reír a carcajadas a los chicos mayores y de la que las chicas murmuraban con voz queda?

Pero cuando Rigg se atrevió a preguntárselo a Padre, éste sonrió y lo llevó a la casa para que se lo preguntara a Nox a la cara. Así que Rigg, balbuceando, preguntó:

—¿Eres tú mi madre?

Durante un momento pareció que ella se iba a echar a reír, pero entonces se contuvo y, en lugar de hacerlo, le alborotó el pelo.

—Si hubiera tenido algún hijo, me habría encantado que fuese como tú. Pero soy tan estéril como un ladrillo, como descubrió mi marido a su pesar antes de morir, el pobre, en el invierno del Año Cero, cuando todo el mundo creyó que había llegado el fin del mundo.

Sin embargo, Nox significaba algo para Padre, o de lo contrario no habrían vuelto a verla casi todos los años, y Padre no habría pasado tantas horas a solas con ella.

Nox sabía quiénes eran la madre y la hermana de Rigg. Padre se lo había contado a ella pero no al propio Rigg. ¿Qué otros secretos conocía Nox?

Padre y Rigg habían estado poniendo sus trampas en las regiones altas del río, muy lejos de las cataratas Stashi. Rigg regresó por la vereda que discurría a mano izquierda del río, bordeaba el lago y luego iba paralela al acantilado en dirección a las cataratas. El acantilado era como una presa que contenía el lago, interrumpido sólo por la abertura de las cataratas. A un lado, la tierra descendía suavemente hasta las gélidas aguas del lago. Al otro, caía abruptamente formando el Escarpalto, que descendía a pico trescientas brazas hasta el gran bosque de Aguabajo. El acantilado se extendía sin interrupción treinta leguas al oeste del río. El único modo de bajar una persona o un cargamento desde el Escarpalto era por el lado derecho de las cataratas.

Lo que significaba que Rigg, como cualquier otra persona lo bastante loca como para ganarse la vida trayendo cosas desde las tierras altas, tenía que cruzar el río saltando por entre las afiladas rocas que había justo antes de las cataratas.

Antaño había habido un puente allí. De hecho, aún sobrevivían las ruinas de varios puentes, que Padre había utilizado en una ocasión para poner a prueba la capacidad de raciocinio de Rigg.

—¿Ves que el puente más viejo está más alejado de las aguas y mucho más arriba en la pared del acantilado? ¿Y ves que los puntales del siguiente están más abajo y más cerca, y que el más reciente sólo está a tres brazadas de las cataratas? ¿Por qué crees que los construyeron así?

Rigg había tardado cuatro días en deducir la respuesta, mientras se dedicaban a colocar sus trampas en las tierras montañosas. Por aquel entonces tenía nueve años y Padre no le había enseñado aún nada importante sobre el mundo. De hecho, aquello

marcó el comienzo de su aprendizaje. Así que Rigg se enorgullecía aún de haber dado con la respuesta correcta.

—Antes el lago estaba más alto —dedujo al final—, lo mismo que las cataratas, y más cerca de la cara del acantilado del Escarpalto.

—¿Qué te lleva a pensar una cosa así? —le preguntó su Padre—. Las cataratas están a muchas brazas de la cara del acantilado. ¿De dónde sacas que una cascada puede moverse de sitio?

—El agua devora la roca y se la va llevando del acantilado —dijo Rigg.

—Que el agua devora la roca... —dijo Padre. Pero Rigg supo en aquel momento que había dado en la diana. Padre estaba utilizando su voz de sorpresa fingida.

—Y cuando termina de comerse el borde del acantilado —continuó Rigg—, entonces el lago que hay por encima del nuevo borde descende.

—Eso sería mucha agua cada vez —dijo Padre.

—Una inundación —repuso Rigg—. Por eso no tenemos una montaña de rocas al pie del acantilado. Cada inundación se las lleva corriente abajo.

—No te olvides de que, al caer desde el acantilado, las rocas chocan y quedan reducidas a fragmentos mucho más pequeños —dijo Padre.

—Y las rocas que utilizamos para cruzar en la parte alta de las cataratas son así porque el agua se ha comido ya lo que había entre ellas, dejándolas altas y secas. Pero algún día, las aguas las socavarán y caerán desde lo alto de los acantilados, se romperán y se las llevará la corriente, y entonces las cataratas quedarán a un nuevo nivel, más atrás y más abajo.

Fue entonces cuando Padre comenzó a enseñarle cómo cambia la tierra con el clima, el crecimiento de las plantas y todas las demás cosas que pueden modelarla.

Cuando Rigg tenía once años, se le ocurrió una pregunta:

—Si el viento, la lluvia, el agua, el hielo y el crecimiento de las plantas pueden triturar la roca, ¿por qué el Escarpalto sigue siendo tan empinado? Tendría que haberse nivelado, como las demás montañas.

—¿Por qué crees tú? —preguntó Padre con una de sus típicas respuestas que no lo eran.

Pero esta vez Rigg ya había elaborado un esbozo de teoría con antelación.

–Porque el acantilado del Escarpalto es mucho más reciente que las demás montañas o colinas.

–Una idea interesante. ¿Qué edad crees que tiene? ¿Hace cuánto que se formó el acantilado?

Y entonces, sin ninguna razón concreta que Rigg supiera, hizo una conexión mental y respondió:

–Once mil ciento noventa y un años.

Padre lanzó una carcajada atronadora.

–¡El calendario! ¿Crees que nuestro calendario se inicia con la formación del acantilado del Escarpalto?

–¿Por qué no? –preguntó Rigg–. ¿Por qué otra razón íbamos a recordar que nuestro calendario comenzó en el año once uno noventa y uno?

–Pero piensa, Rigg –dijo Padre–. Si el calendario comenzó con un cataclismo capaz de levantar un acantilado, ¿por qué no empezar a contar a partir de ahí? ¿Por qué darle un número como el once uno noventa y uno y luego contar hacia atrás?

–No lo sé –dijo Rigg–. ¿Por qué?

–¿Qué crees tú?

–¿Porque cuando se formaron los acantilados –respondió Rigg, que no estaba dispuesto a abandonar su idea– sabían que iba a suceder algo once mil ciento noventa y un años después?

–Bueno, llegamos al Año Cero cuando tú cumpliste los tres años. ¿Sucedió algo entonces?

–Montones de cosas –respondió Rigg–. Un año entero de ellas.

–Pero ¿algo digno de recordarse? ¿Algo que justificase que se elaborara un calendario entero a su alrededor?

–Eso no demuestra nada, Padre, salvo que la gente que inventó el calendario estaba equivocada respecto al tiempo que tardaría en suceder lo que tenía que suceder en el Año Cero. La gente se equivoca constantemente. Pero eso no quiere decir que el calendario no comenzara con la formación del Escarpalto.

–Bien pensado –dijo Padre–. Pero erróneo, por supuesto. ¿Y por qué?

–Porque no tengo información suficiente –dijo Rigg. Siempre era porque no tenía información suficiente.

–Nunca se tiene información suficiente –dijo Padre–. Ésa es la gran tragedia del saber humano. Por mucho que sepamos, nunca podemos predecir el futuro.

Pero había algo en el tono de Padre que hizo desconfiar a

Rigg. O puede que no creyera en la respuesta de Padre e imaginara haber oído aquello en su tono.

–Creo que sabes algo –dijo Rigg.

–Qué menos, teniendo en cuenta mi edad.

–Creo que sabes lo que, teóricamente, tenía que suceder en el Año Cero.

–¡Calamidades! ¡Plagas! ¡El fin del mundo!

–No –respondió Rigg–. Me refiero a lo que creían los creadores del calendario cuando decidieron empezar a contar a partir del año once uno noventa y uno.

–¿Y cómo iba yo a saber tal cosa?

–Creo que sabes lo que es –dijo Rigg–, y creo que sucedió, justo en el momento previsto.

–Y era algo tan grande e importante que nadie se dio cuenta, excepto yo –dijo Padre.

–Creo que fue algo científico. Algo astronómico. Algo que los científicos sabían entonces que ocurriría, como una alineación de planetas, o el estallido de una estrella en el cielo, o el choque entre dos de ellas, o algo por el estilo, algo en lo que la gente que no sepa astronomía no repararía nunca.

–Rigg –dijo Padre–, eres tan listo y tan tonto al mismo tiempo que me dejas casi asustado.

Y así terminó la conversación. Rigg estaba convencido de que Padre sabía algo, pero también sabía que Padre no tenía la menor intención de contárselo.

Tal vez Nox supiera lo que había sucedido en el Año Cero. Tal vez Padre le hubiera contado a ella todos sus secretos.

Pero para hablar con Nox, tenía que bajar hasta el pueblo de Vado Otoño. Y para bajar el Escarpalto, tenía que llegar al camino del acantilado, que se encontraba al otro lado de la catarata, así que debía cruzar por el sitio en el que las aguas corrían más rápidas, el sitio en el que la fuerza de la corriente era mayor, y Rigg sabía que las rocas, socavadas ya, podían ceder cuando las pisara, y arrojarlo a la catarata, que lo arrastraría hasta la muerte.

Y su único consuelo sería, durante toda la caída, hasta que el agua, o las rocas, o simplemente la fuerza del impacto lo pulverizaran, que no moriría solo, que todo el pueblo de Vado Otoño desaparecería instantes después de que lo hubiera hecho él.

Recordaba que ésta era una de las preguntas con las que su padre lo había puesto a prueba.

—¿Por qué construiría la gente una aldea en un sitio donde saben que, más tarde o más temprano, habrá una terrible crecida que se los llevará a todos por delante y de la que no tendrán tiempo de escapar?

—Porque la gente olvida —había respondido Rigg.

—Exacto, Rigg. La gente olvida. Pero tú y yo, Rigg, no olvidamos, ¿verdad?

Pero Rigg sabía que no era cierto. Había un montón de cosas que él no podía recordar.

Recordaba la ruta entre las rocas. Pero no se fiaba tanto de su memoria. Siempre volvía a hacer las comprobaciones al llegar al punto de partida, justo encima de la superficie del lago.

Parecía totalmente en calma, pero Rigg sabía que si dejaba caer una piedra sobre él, no se hundiría en el agua, sino que sería arrastrada de inmediato hacia la catarata. Y si era él el que se caía, llegaría al acantilado en cuestión de dos segundos, después de haberse estrellado contra unas seis o siete de las rocas grandes, de manera que lo que caería por la catarata sería sólo una versión herida y ensangrentada de Rigg, posiblemente en varios pedazos.

Inmóvil, observó el agua y vio —sintió— los rastros de incontables viajeros anteriores.

No era como un camino principal, tan repleto de rastros que Rigg sólo era capaz de distinguir uno concreto con gran dificultad.

Allí sólo había cientos, no miles de rastros.

Y una cantidad inquietante de ellos no lograban llegar al otro lado. Alcanzaban un punto u otro y entonces, de repente, salían volando hacia el borde del acantilado. Se los habían llevado las aguas.

Luego, claro, estaban los rastros antiguos. Esto es lo que había permitido a Rigg deducir lo de la erosión de la roca, la retracción de las cataratas en el tiempo. Porque Rigg podía ver rastros que atravesaban el aire, más altos que las cataratas y desde varias brazas más atrás. Estos caminos avanzaban lentamente y dando bandazos, como las corrientes, porque la gente que los había dejado estaba cruzando otras rocas, sobre la superficie de un lago más alto y más profundo.

Y donde antes estaban los puentes, miles de rastros antiguos, ya medio desvanecidos, avanzaban en línea recta a través del aire.

Así que la tierra se había movido y las aguas habían bajado. Y Rigg dedujo que seguirían haciéndolo.

Pero aquel día, estaban allí y aquellas rocas eran las que Rigg tendría que cruzar.

Siempre escogía rutas que casi todo el mundo había logrado cruzar. Y que se encontraran lo más lejos posible del borde del acantilado.

Rigg recordaba —o recordaba que Padre se lo había contado, lo que se parecía tanto a un recuerdo que era casi lo mismo— cómo había descubierto Padre su capacidad de ver los rastros antiguos, allí mismo, en el cruce de las aguas. Padre se disponía a saltar, llevando consigo al pequeño Rigg, de una roca a otra, cuando éste gritó: «¡No!» Y luego obligó a Padre a escoger un nuevo camino, según él porque: «Me dijiste: “Nadie se ha caído al agua por ahí.”»

Rigg veía ahora lo mismo que había visto entonces: rastros que saltaban de roca en roca; personas distintas, separadas por días, años o décadas. Vio cuáles de los rastros de los que se habían caído eran nuevos y cuáles antiguos. Eligió una ruta que parecía seca, una de las más recientes.

Vio también los rastros que él mismo había dejado en el pasado, claro.

Y, como siempre, no vio ninguno de los rastros de Padre.

Qué extraña ceguera para un hijo: poder ver a todas las personas del mundo, o al menos los caminos por los que transitaban, menos los de tu propio padre.

Esta vez tuvo que realizar sus cálculos con el doble de cuidado, porque tenía que cruzar con muchos kilos de pieles a la espalda. Una maniobra que sería pan comido llevando sólo una cantimplora, las trampas y un poco de comida, podía suponer ahora que, al saltar sobre alguna roca demasiado pequeña, perdiera el equilibrio y cayera al agua.

Se encontraba a tres saltos del otro lado, sobre una plataforma de roca de dos brazas largas de anchura, cuando vislumbró un movimiento y vio, en la orilla, a un niño de unos diez años. Le pareció que lo conocía, pero como visitaba Vado Otoño pocas veces al año y no siempre veía a todo el mundo, era posible que fuese el hermano pequeño del niño que había creído en un principio. O puede que perteneciese a otra familia. O que fuera un completo desconocido.

Rigg lo saludó con la mano y el niño le devolvió el saludo.

Dio el siguiente paso y cayó sobre una roca mucho más pe-

queña, en la que no tendría espacio para tomar carrerilla. Era el punto más peligroso del cruce, donde el riesgo de perder la vida era mayor, y pensó que quizá habría sido mejor haber dejado el cargamento en la roca grande que acababa de abandonar y cruzar sólo con la tercera parte de las pieles, para volver luego a por el resto. Nunca había hecho aquel salto con tanta carga a la espalda. Padre llevaba siempre más de la mitad.

No era demasiado tarde para volver a la plataforma grande y dividir la carga.

Pero entonces vio que el muchacho había saltado sobre una roca. Estaba mucho más cerca del borde de la cascada y Rigg sabía que era el comienzo de un camino en el que se veían más muertes que ningún otro.

Agitó los brazos e hizo una señal con las dos manos, como si quisiera empujar al muchacho hacia atrás.

—¡Atrás! —gritó—. ¡Es demasiado peligroso!

Pero el muchacho se limitó a saludarlo de nuevo con el brazo y a imitar su gesto, de lo que Rigg dedujo que no lo había entendido. Era evidente que no podía oírlo con el espantoso ruido que hacía la corriente entre las rocas.

El niño saltó a la siguiente roca. El camino en el que se había metido era realmente peligroso. Ahora le sería muy difícil volver atrás aunque quisiera. Y parecía que era tan estúpido que estaba decidido a seguir adelante.

Rigg sólo tenía un momento para decidir. Si volvía por donde había venido, podría dejar su carga y luego internarse por un camino peligroso que le permitiría acercarse al niño, puede que lo bastante para hacerse oír, o para detenerlo. Pero tardaría un rato en quitarse las pieles de la espalda y al terminar estaría más lejos del muchacho.

Así que, en lugar de hacer esto, simplemente dio el salto que había estado preparando. Lo ejecutó a la perfección y un momento después estaba preparado para saltar sobre una roca algo más grande. De nuevo repitió el movimiento de forma impecable.

Sólo dos piedras lo separaban del muchacho.

El muchacho saltó una vez más y estuvo a punto de caer bien. Pero su pie aterrizó sobre un pequeño charco y resbaló en dirección al borde, lo que le hizo perder el equilibrio. Su cuerpo se retorció en el aire y sus dos pies cayeron al agua, que lo atenazó y comenzó a tirar de él con fuerza salvaje.

Aunque resultó que el niño no era tan estúpido. Sabía que no podría sujetarse a la roca en la que se encontraba, así que trató de hacerlo en una piedra más pequeña, situada justo al borde de la cascada.

Lo logró, pero el agua lo arrastraba con tanta violencia que lo dejó colgando del borde seco de la roca, con el cuerpo suspendido sobre la enorme caída que precedía al río.

—¡Aguanta! —gritó Rigg.

El fruto de un invierno entero de trabajo y estaba a punto de perderlo para tener una pequeña probabilidad de salvar a un crío tan estúpido que probablemente se merecía morir.

Tardó un momento en deshacer los nudos y sacudir los hombros para que las pieles cayeran al agua desde su espalda.

Estaba tan cerca del borde que el enorme fardo sólo rebotó una vez contra las rocas, arrastrado por la corriente, antes de salir despedido por los aires y caer.

Al mismo tiempo, Rigg saltó en dirección a la roca que el muchacho no había logrado alcanzar. Él sí que lo hizo, a pesar de que el traspie del niño había mojado la superficie y ahora estaba más resbaladiza.

—¡Aguanta! —volvió a gritar. Lo único que veía ya del muchacho eran sus dedos en la piedra.

La roca era demasiado pequeña. No había espacio para saltar sobre ella. Aunque estaba muy cerca, lo más probable era que al caer le pisara los dedos al muchacho. Así que lo que hizo Rigg fue arrodillarse en la suya y echar el cuerpo hacia delante con la intención de cogerse a la roca del niño con las manos y hacer un puente con su cuerpo.

Entonces sucedió algo extraño. El tiempo, prácticamente, se detuvo.

Rigg había estado en situaciones peligrosas antes. Sabía lo que pasa cuando tu percepción se agudiza de repente, cuando cada segundo se vive de manera más intensa. En tales ocasiones se puede tener la sensación de que el tiempo se detiene. Pero en realidad no es así. Según le había explicado Padre, había unas glándulas en el cuerpo humano que secretaban unas sustancias que proporcionaban mayor fuerza y velocidad en momentos de peligro.

No fue eso lo que pasó esta vez. Mientras Rigg echaba el cuerpo hacia delante, una operación que tendría que haberle

llevado un segundo como mucho, de repente fue como si estuviera zambulléndose lentamente en un fluido muy espeso. Tenía tiempo de percibirlo todo y, aunque no podía mover los ojos más deprisa que cualquier otra parte de su cuerpo, podía desplazar su atención a la velocidad de su elección, así que podía ver todo cuanto había en su campo de visión, incluidos los límites de éste.

Entonces, algo aún más extraño lo distrajo. Al mismo tiempo que el tiempo frenaba su paso, lo hicieron también los rastros que veía en el aire. Se hicieron más densos. Más sólidos.

Se convirtieron en gente.

Todas las personas que habían tratado de cruzar aquellas rocas por aquel lugar se transformaron, primero en manchas borrosas y en movimiento, y luego en individuos sólidos, que se movían a velocidad real. Cuando se concentraba, podía verlos caminar, saltar, avanzar brincando de roca en roca. Y en cuanto centraba su atención en otra persona, todas las demás volvían a transformarse en fugaces líneas en movimiento.

Así que, en mitad de su caída, se concentró de repente en un hombre con las piernas desnudas que se encontraba de pie sobre la roca a la que se aferraba el muchacho. El hombre estaba de espaldas a él, pero como Rigg estaba cayendo tan despacio, tuvo tiempo de sobra de fijarse en que vestía un traje muy parecido a los de las estatuas caídas y los frisos desgastados de las ruinas donde en su día había hundido sus pilares el más reciente de los puentes.

Rigg comprendió que iba a estrellarse contra el hombre. Pero no podía ser sólido, ¿verdad? Aquello era sólo una parte de su don, que estaba experimentando una insólita transformación en aquel momento de miedo, pero los rastros seguían siendo, como siempre, intangibles.

Sin embargo, parecía totalmente real: los pelos y poros de los muslos, la zona en carne viva del tobillo donde se había arañado la piel, el dobladillo deshilachado y medio abierto del *kilt*, al que el cinto bordado, ahora empapado, sólo estaba medio cosido. En algún momento, aquéllas habían sido las mejores galas del hombre. Ahora no eran más que unos harapos.

Pero fuera la que fuese la desgracia que se había abatido sobre él, el hecho era que en aquel momento se encontraba en el camino de Rigg, que pensó: «La gente a la que no presto atención

se transforma en formas borrosas en movimiento. Si aparto mis pensamientos de él, se volverá insustancial.»

Así que trató de concentrarse en una mujer que había tratado de saltar desde la misma roca, pero había resbalado y caído sobre la corriente, que se la había llevado al instante. Al hacerlo pudo ver el horror en la cara de la mujer, transformado casi inmediatamente en la mirada de muerte de un animal que sabe que no hay forma de escapar. Pero entonces desapareció y la atención de Rigg regresó al momento al hombre que tenía delante. Que, si se había vuelto insustancial por un instante, ahora volvía a ser sobradamente sólido.

La frente de Rigg chocó con su muslo. Sintió la fuerza del golpe, pero como se movía tan despacio, también pudo sentir la textura de la piel del hombre y luego, al girar la cabeza por la presencia de aquel obstáculo, el roce de los pelos de su pierna sobre la cara.

Al mismo tiempo que la cara de Rigg se veía obligada a girar y resbalaba por la pierna del hombre, el impacto de su cabeza y de sus hombros hizo que la pierna se doblara, el hombre se retorciera sobre sí mismo y comenzara a caer hacia delante.

«Vengo para salvar a un niño y acabo matando a un hombre.»

Pero aquel hombre era un soldado o un atleta. Se revolvió en mitad de su caída, estiró los brazos y se agarró a la roca con las dos manos, de modo que quedó suspendido, pero no cayó al acantilado.

Su mano izquierda tapaba por completo la derecha del niño.

Al parecer, dos objetos sólidos podían ocupar el mismo espacio al mismo tiempo. O, técnicamente hablando, no al mismo tiempo, dado que el hombre se encontraba en realidad a centenas de años de distancia, aunque para Rigg sí que lo era. La mano del hombre era sólida. Rigg pudo sentirlo cuando la suya, extendida por un movimiento reflejo tras la colisión con la pierna del desconocido, se extendió sobre la roca y tropezó con sus dedos.

El resultado fue que Rigg dejó de resbalar hacia delante en el mismo momento en que sus rodillas iban a caer al agua. Su cuerpo formaba ahora el puente entre las rocas que había pretendido formar. El hombre, sin pretenderlo, le había salvado la vida.

Pero Rigg no le había devuelto el favor. Primero lo había embestido y hecho caer de la piedra en la que se encontraba. Y luego su mano, al deslizarse sobre la roca, se había clavado en los dedos

de la mano derecha del hombre y la había hecho soltarse de la roca.

En aquel momento, el hombre sólo estaba sujeto por la mano izquierda, la misma que cubría la derecha del niño al que Rigg había ido a salvar.

La mano del hombre no era en modo alguno transparente. Era real, gruesa, morena, velluda, callosa y moteada, y estaba cubierta por una orografía de venas. Pero exactamente al mismo tiempo, Rigg podía ver también los dedos tiesos, finos y marrones como castañas del muchacho, que estaban empezando a resbalar poco a poco. Sabía que podía ayudar al niño, podía sujetarlo con sólo estirar un poco el brazo y agarrarlo por la muñeca. El niño era más pequeño que Rigg, y Rigg era muy fuerte. Si lograba atenazar la muñeca entre sus dedos, podría sujetarlo el tiempo suficiente para sacar la otra mano y que el niño se agarrara a ella.

Podía imaginarlo, planearlo en su cabeza, y habría podido hacerlo de no ser por la muñeca y el antebrazo del hombre que se interponía en su camino.

«Ya estás muerto. Llevas décadas y siglos muerto, ¡así que quita de en medio y déjame salvar a este niño!»

Pero cuando la mano de Rigg aferró el brazo del hombre para tratar de llegar hasta el del niño, el hombre lo notó y aprovechó la ocasión. Su mano derecha se alargó y agarró a Rigg por la muñeca con una fuerza muy superior a la suya.

Y el peso del hombre comenzó a arrastrarlo.

La rodilla derecha de Rigg comenzó a hundirse en la corriente y si el hombre no hubiera estado sujetándolo con tanta fuerza, puede que se lo hubieran llevado las aguas. Lo que hizo fue volverse, y quedó extendido de costado, con su cuerpo convertido de nuevo en un puente entre las dos rocas.

Pero el hombre seguía tirando de él. Por un momento, Rigg olvidó por completo al niño. No podía salvar a nadie si lo arrastraban acantilado abajo.

Agarró los dedos del hombre con la otra mano y tiró. Aquella maniobra le llevó una eternidad, o al menos eso fue lo que le pareció a él. Pensó en el movimiento y luego, lentamente, su mano obedeció, se estiró, asió el dedo índice y tiró.

El hombre lo soltó. Con agonizante lentitud, su mano derecha se alejó de Rigg, deslizándose los dedos sobre la piel de éste. Con la misma lentitud, Rigg enderezó el cuerpo para alcanzar de

nuevo al niño. Pero la mano izquierda del hombre seguía cubriendo la derecha del niño.

Y en el mismo instante en que la mano de Rigg volvía a caer sobre la muñeca izquierda del hombre, tratando de pasar a través de él, o por encima o por debajo, para llegar hasta el niño, vio que los dedos del muchacho soltaban la piedra y se alejaban de ella lenta, muy lentamente... y luego desaparecían.

Enfurecido, frustrado y apenado por su fracaso, Rigg levantó la mano para golpear al hombre en el brazo. En el tiempo de Rigg, hacía ya mucho tiempo que el hombre estaba muerto, fuera el que fuese el desenlace de lo que estaba presenciando. Lo único que sabía Rigg era que, al hacerse de pronto visible y tangible, le había impedido salvar al niño, un niño al que, casi seguro, había visto en el pueblo, a pesar de que aún no lograba reconocerlo.

Pero no tuvo la oportunidad de completar la acción de golpear al hombre. En aquel momento, el tiempo volvió a acelerarse, recobró su velocidad normal, y el hombre simplemente desapareció sin que Rigg llegara a ver si caía. Su puño sólo golpeó la roca.

Un momento después, Rigg oyó un grito. No podía ser el niño. Rigg no podría haberlo oído desde donde se encontraba, además de que el grito se prolongó demasiado. Pero no era el grito de un hombre: el tono era demasiado agudo.

Así que había alguien más en la ribera, alguien más que había visto morir al niño. Alguien que podía ayudar a Rigg a volver desde aquella roca.

Pero por supuesto, nadie podía ayudarlo. Sería una locura intentarlo. Había sido una locura que Rigg tratara de salvar al niño. Y allí estaba, con el cuerpo extendido entre dos piedras, apenas fuera del agua, a merced de una corriente que, si llegaba siquiera a doblar las rodillas, lo arrastraría consigo.

Retrocedió centímetro a centímetro, tratando de volver a donde estaban sus pies. Tenía doloridos los brazos y los hombros por el esfuerzo de hacer el puente. Y ahora, cuando podría haber usado la ralentización del tiempo para controlar con más facilidad todos sus movimientos, el miedo le impedía acceder a otra cosa que no fuese la aguda concentración que era normal en momentos como aquél.

Con todo, al cabo de un rato sus rodillas volvían a estar en la

roca de atrás y pudo levantarse apoyándose sobre las manos hasta quedar lo más lejos posible del agua. Sus dedos conservaban aún la fuerza suficiente para ayudarlo a levantarse y...

Se dio impulso, se puso en pie y luego permaneció en precario equilibrio durante lo que le pareció una eternidad, sin saber si se había impulsado demasiado poco y volvería a caerse hacia delante, o se había excedido y perdería pie por la parte de atrás de la roca.

Pero logró conservar el equilibrio. Se irguió.

Una piedra lo alcanzó en el hombro en el mismo momento en que terminaba de levantarse. Durante un momento creyó que iba a perder el equilibrio y caerse al agua, pero entonces logró recuperarse y al volverse vio a un muchacho de su propia edad, quizá un poco mayor, situado sobre la roca más próxima a la orilla, donde el niño muerto había iniciado su viaje fatal. Estaba preparándose para lanzarle una piedra aún más grande.

Y Rigg no tenía dónde esconderse.

Así que no le quedaba otra alternativa que tratar de desviar el proyectil con las manos. Pero entonces descubrió que el movimiento de sus brazos al intentarlo era tan peligroso como si la piedra lo hubiera alcanzado. Sin embargo, de algún modo, logró revolverse y convertir la caída en un salto con el que llegó a la roca siguiente, más lejos de la cascada.

—¡Quieto! —gritó.

Pero el chico que le había arrojado la piedra no podía oírlo. Sólo su grito anterior había sido tan fuerte como para oírse por encima del rugido de las aguas.

En ese momento, Rigg lo reconoció. Era Umbo, el hijo del zapatero remendón, su mejor amigo cuando eran mucho más pequeños y Padre pasaba más tiempo en Vado Otoño.

Entonces comprendió por qué conocía al niño que había caído. Era el hermano menor de Umbo, Kyokay, un pequeño salvaje que siempre estaba metiéndose en líos y haciendo el loco. Cuando Rigg y Umbo se conocieron, tenía el brazo roto por varios sitios por culpa de una caída, pero eso no le impedía subirse a árboles descomunales y saltar desde ellos, así que Umbo tenía que estar constantemente parándole los pies, rescatándolo o regañándolo a gritos.

«Si hubiera podido salvar a Kyokay, habría sido un regalo para mi amigo Umbo. Una más de las muchas veces que le ayudé a salvarle cuando era más pequeño.

»Así que, ¿por qué intenta matarme tirándome piedras? No creerá que yo he hecho caer a Kyokay, ¿verdad? ¡Estaba tratando de salvarlo, idiota! Si estabas en la orilla, ¿por qué le has dejado subirse a las rocas? Me da igual lo que hayas visto, ¿por qué no intentas averiguar lo que ha sucedido en realidad antes de emitir una sentencia de muerte contra mí?»

–La gente nunca es justa, ni siquiera cuando quiere serlo –le había dicho Padre más de una vez–. Además de que son pocos los que lo intentan.

Rigg logró llegar a la roca en la que estaba cuando vio a Kyokay por primera vez. «Si me hubiera quedado aquí –pensó–, y hubiera dejado que el chaval lo intentara solo y, claro, fracasara, Kyokay no estaría menos muerto ahora de lo que está y yo estaría mucho más lejos, así que nadie podría culparme de su muerte.

»Y aún tendría las pieles, así que podría emprender el viaje adondequiera que estén mi madre y mi hermana con dinero en el bolsillo.»

Umbo seguía tirándole piedras, pero pocas de ellas llegaban a acercársele siquiera; ahora Rigg podía esquivarlas con facilidad. Umbo estaba llorando de rabia, pero Rigg no podía oír sus palabras y tampoco creía que el otro pudiera oírlo si trataba de responder. No se le ocurría ningún gesto capaz de expresar «No he sido yo, estaba intentando salvarlo». A una persona enfurecida y consumida por la tristeza, como estaba Umbo en aquel momento, un encogimiento de hombros le parecería un gesto de indiferencia, no de impotencia. Y una reverencia, una demostración de sarcasmo. No de respeto por el muerto.

Así que lo único que podía hacer Rigg era quedarse allí, esperando a que Umbo se cansara. Cosa que al final hizo, y regresó corriendo al bosque desde la orilla.

«O vuelve al pueblo por el camino del acantilado, para decirles a todos lo que cree que ha sucedido aquí, o se esconde para esperar a que me acerque.»

Rigg prefería que Umbo estuviera esperando para tenderle una emboscada. No tenía miedo de pelear con él. La vida en el bosque lo había hecho fuerte y ágil, y, además, Padre le había enseñado algunas técnicas de pelea que el hijo de un zapatero remendón nunca podría contrarrestar. Aunque si se trataba de atravesar cuero grueso con finas agujas, Umbo sin duda se llevaría el gato al agua. Rigg sólo quería acercarse lo bastante para

explicarle lo que había sucedido, aunque tuviera que hacerlo mientras peleaban.

Al llegar al otro lado, Umbo había desaparecido. Pudo ver que su rastro, brillante y fresco en el aire, descendía por la parte difícil del camino del acantilado.

Tendría que tomar un camino distinto, por si Umbo le había tendido alguna trampa, pero no existía ninguna otra forma de bajar por el acantilado, salvo, claro está, la opción siempre presente de la caída. Aquello, la presencia de aquel camino por el acantilado, explicaba en buena parte la existencia de Vado Otoño como pueblo. Al llegar abajo se convertía en un camino de verdad, un camino antiguo, cubierto de grandes losetas, que recorría las empinadas cuestas de la base del Escarpalto.

Pero luego el camino en zigzag se hacía más angosto y se transformaba en una vereda de largos escalones, donde las losetas desaparecían, reemplazadas por piedra tallada y desgastada, con reparaciones improvisadas o bifurcaciones allí donde alguna antigua calamidad había destruido el recorrido original. Aun así, todavía era posible llevar una carga con las dos manos por aquella vereda y un muchacho como Umbo, impulsado por la pena y la rabia, podía tardar muy poco en bajar a saltos hasta el fondo.

Si Rigg hubiera tenido aún el enorme fardo de pieles, aquello habría sido un problema. Umbo tendría tiempo de sobra de ir al pueblo y volver, sin duda acompañado por hombres que darían crédito a su relato y que tal vez, en su rabia, no escucharían la versión del propio Rigg sobre lo sucedido.

Pero tal como estaban las cosas, si se daba prisa, Rigg podía llegar a la base del camino y alejarse antes de que Umbo tuviera tiempo de regresar. Y a menos que en el pueblo hubiera otro con una habilidad como la suya, sería imposible que lo encontraran. No es fácil encontrar el rastro de un rastreador, decía siempre Padre, porque sabe qué señales no debe dejar un fugitivo.

«¡Padre! –Rigg sintió otro acceso de tristeza, tan intenso como el primero, y se le llenaron los ojos de lágrimas–. ¿Cómo voy a vivir sin ti? ¿Por qué no pudiste oír el crujido de la madera y apartarte antes de que cayera el árbol? Tú, que siempre eras tan rápido, tan sagaz... Cuesta creer que hayas podido ser tan descuidado.

»Todavía te necesito. ¿Quién me va a explicar por qué el tiempo se ha ralentizado antes y por qué ha hecho aparecer a toda esa